

**FRAGMENTOS DE UN ENSAYO DE
ARTUR LUNDKVIST
SOBRE LA OBRA POÉTICA DE
VICENTE ALEIXANDRE**

.

Aleixandre nació en Sevilla en 1898, año en que la guerra de Cuba agitaba a España. La mayor parte de su infancia la pasó en Málaga, donde descubrió el mar, ese mar que luego se convirtió en el permanente elemento cósmico de su universo poético. El padre, un ingeniero ferroviario, parece haber sido el cabeza de familia ideal, la madre era una mujer musical y romántica, y el hogar representa un idilio cerrado, típico de aquella época, que vive en una indiferencia casi conmovedora en medio de huelgas, atentados, la guerra de Marruecos y pronto las penosas consecuencias de la I guerra mundial. El estudiante Vicente andaba en bicicleta, despreocupado de todo, por alamedas sombreadas donde las mariposas revoloteaban entre los coches de caballos y el viento levantaba las anchas alas de los sombreros de las damas.

Una vez trasladados a Madrid, se dedicó, siguiendo el deseo de su padre, a estudiar derecho y economía. Pero apenas había iniciado una prometedora carrera cuando dos desgracias se abatieron sobre él: la poesía y la enfermedad. La lectura de Rubén Darío y Rimbaud fue para él, en su virginidad poética, como una aparición. La enfermedad le fue atacando poco a poco. Fue una tuberculosis renal que lo tuvo durante muchos años amarrado prácticamente a la cama. Entonces fue la poesía, junto con los amigos poetas que le había proporcionado, su tabla de salvación. Al estallar la guerra civil la enfermedad lo tenía encadenado en su lecho, en Madrid, en las cercanías de explosiones de granadas y del fragor de cañones. Sus amigos poetas desaparecieron, y allí quedó olvidado, aislado en su "exilio interior", entristecido por todo lo que se había perdido. Durante un cierto tiempo enmudeció el poeta.

Pero Aleixandre sobrevivió. Volvió a escribir, una poesía más conmovedora y desnuda que antes. Rompió el cerco de silencio que lo rodeaba. Llegó incluso a dominar su enfermedad. Gracias a su férrea disciplina logró abandonar su lecho de enfermo unas horas al día, y comenzó a hablarse de su "mala salud de hierro". Desde hace tiempo su hospitalaria casa situada en uno de los alrededores más tranquilos de Madrid, un modesto chalé de ladrillos rodeado de "árboles que él mismo ha plantado, está siempre abierta para sus colegas, poetas, escritores y amigos.

El poeta cultiva la amistad como si fuese una rosa del jardín. Las visitas de los amigos son para él una necesidad vital y ha convertido el trato con ellos en un arte genial. Desgraciadamente tiene que limitar el horario de visitas ya que, dada la intensidad que

desarrolla, sus fuerzas no dan más que para un par de horas diarias. Yo lo había visitado con anterioridad, hace algún tiempo, aunque superficialmente, y al volver ahora, en los primeros meses del año 1973, con uno de sus más devotos admiradores, el joven poeta canario Justo Jorge Padrón, lo encuentro sorprendentemente igual, alto y ágil, sin huellas visibles de enfermedad, vivaz y lleno de presencia. Siguiendo encantado una recomendación, lo visito nada menos que tres veces durante una estancia de algunas semanas en Madrid. Descubrimos una cantidad sorprendente de cosas de qué hablar, encontramos una serie de experiencias literarias comunes y valoraciones semejantes. Aleixandre tiene intereses múltiples y se mantiene muy bien informado. Hasta me preguntó cosas sobre el socialismo sueco y las características de idioma sueco.

.....

Tiene muchas cosas que contar, especialmente de García Lorca y Miguel Hernández, que se contaban entre sus más íntimos amigos. Lorca parecía siempre electrizado por su intensa alegría de vivir, un hombre de una enorme chispa e imaginación, incansable cuando se sentaba a improvisar al piano o la guitarra. Miguel Hernández era un pacífico soñador, un hombre pensativo, al mismo tiempo profundo e ingenuo, el pastor que había abandonado los prados y los rebaños para lanzarse a la gran ciudad y su complicada vida y dedicarse allí a la poesía.

.....

También hablamos, claro, de su obra poética. De ella tiene una opinión extraordinariamente equilibrada. Me explica su relación con el surrealismo francés, por el que se le considera influido (sus primeras obras están consideradas como la cima del surrealismo español). Pero jamás ha sido un surrealista en el sentido ortodoxo, tradicional de la palabra y nunca adhirió a la doctrina del automatismo síquico, de la dictadura del inconsciente sobre la creación poética. Lo que sí asimiló fue, sobre todo, una relación más espontánea con el proceso creador, una creación de metáforas más libre y más intuitiva. Su sensibilidad ha seguido abierta no sólo a los sueños y los impulsos inconscientes, sino también y en igual medida a la realidad circundante y a los problemas interpretados conscientemente.

El contacto con la obra de Freud le afectó también de una manera violenta y lo llevó a una profunda crisis, durante la que abandonó el verso y encontró en la prosa poética la forma de expresión de sus dudas y de la búsqueda de un cimiento elemental para su concepción de la vida, su tipo particular de "materialismo" (su obra "Pasión de la tierra"). Pero la poesía más típica de Aleixandre de los años 30 la encontramos en sus libros "Espadas como labios" y "La destrucción o el amor". Los títulos son marcadamente significativos: no se trata de una renovación del romanticismo amoroso a la manera de las fantasías eróticas de los surrealistas franceses ni tampoco una ciega devoción al éxtasis emocional ("L'amour fou"), sino una actividad combativa, un ansia llevada hasta la desesperación de conquistar la vida, de sacar el máximo posible a la vida. Para el poeta, amor es algo mucho más amplio que la simple relación con otra persona, unas relaciones sentimentales aisladas. Lo considera como una actividad universal, llena de contradicciones, que interviene y transforma a todos los niveles, una fuerza que marca con su sello tanto al hombre como a la naturaleza, a todo el cosmos. Y como alternativa a este amor, a esta elevada forma de vida, coloca la destrucción, la muerte.

De ahí surge la alta temperatura, el pulso desbocado de esos poemas, que formal-

mente pueden parecer en exceso retóricos y violentos consumidores de palabras. Algunos de sus rasgos están marcados por el tiempo, on una expresión de una exigencia estilística de la época, pero lo esencial en ellos se siente como algo personalmente importante. Son unos poemas audaces, atrevidos, una especie de poesía del desafío universal, dispuesta tanto a la victoria como a la derrota.

Durante un tiempo, el poeta vivió la derrota. Y cuando Alexandre, tras diez años de silencio, volvió a publicar, su libro se tituló "Sombra del Paraíso". Son los tristes poemas de la supervivencia y de las difíciles experiencias vitales, negras canciones de la derrota (tanto de la individual como de la colectiva), un lamento sobre posibilidades perdidas, esperanzas frustradas, amistades destruidas. Pero, a pesar de todo, el poeta tuvo fuerzas para seguir adelante y ampliar su campo de acción: la etapa siguiente fue la de "Mundo a solas" y "Nacimiento último". Con "Nacimiento último" se refiere Alexandre a la muerte y de ahí surge su especial sentimiento de la muerte: una combativa afirmación de la muerte como consumación de todo.

El concepto del amor se amplía hasta comprender las fuerzas impulsoras no sólo del ciclo de la vida sino también en el tránsito a la muerte, transformación de la que el hombre nada sabe con certeza, pero que el poeta ve, por su parte, como una fusión en un acontecer cósmico. Alexandre es un singular materialista metafísico o, si se prefiere, un partidario de una metafísica materialista. El parte de un convencimiento, sí, de una vivencia profundamente sentida de la materia. El entiende toda la vida y todo lo existente, incluso las cosas y la naturaleza, como una materialización de una fuerza desconocida, un fenómeno de radiación en el que todo se incorpora y del que todo se compone. La capacidad del poeta de reconocerse en todo lo que le rodea se ha convertido en su último consuelo. Por lo tanto, "Nacimiento último" no será una amenaza sino una promesa, no será destrucción sino transformación.

Esto significa que para Alexandre el hombre no se diferencia, en el fondo, de su entorno. Es una parte integrante de todos los fenómenos vivos, sometido, en última instancia, a las mismas leyes, aunque posee una capacidad especial para cambiar esas circunstancias por medio de su trabajo y sus ideas, de sus dotes credoras. Ahí encontramos también el sentido del "humanismo" de Alexandre. Este humanismo, que se ha ido haciendo más evidente con los años, se expande hasta convertirse en una especie de mística colectiva, una identificación con las grandes masas de hombres. Se presenta como una paradójica experiencia colectiva, una fusión de soledades, una compenetración en el alma colectiva de la gran masa de hombres.

Es una posición que puede parecer exageradamente sentimental y segura. Pero para Alexandre es, sin duda, cuestión de una optimista superación de sí mismo, una victoria sobre lo demasiado individualista, un paso decisivo en dirección a una solidaridad fraternal. El nos puntualiza su paso de comunión a comunicación: de misteriosa comunidad a mensaje colectivo. Su aspiración ideal es la de llegar a todos, comunicarse con todos, pero al mismo tiempo sabe muy bien que esto es imposible.

En el sentido estricto de la palabra, el poeta no canta para todos sino para una minoría: para los que logran comprenderlo. Pero en un sentido más amplio, puede, sin embargo, afirmar que canta para todos, ya que quiere expresar lo colectivo, quiere dar voz a los deseos y ansias que viven en el interior de todos los hombres. Por eso Alexandre puede afirmar de una forma un tanto paradójica que, en realidad, él no escribe para los que lo leen, para aquellos a los que llega su obra, sino para aquéllos que no tienen ni idea de sus poemas o de su existencia física. Claro que ahí hay algo de sofisma, pero

¡a qué poeta no le gustaría imaginarse algo parecido!

La comunicación inmediata es algo muy diferente. Y Aleixandre, de forma palpable, aspira también a lograrla. Poco a poco ha ido renunciando a la poesía surrealista desbordante la fantasía y lo fantástico, a la poesía iluminada por explosiones de imágenes, para irse acercando a una poesía sencilla, una poesía diaria y realista y cotidiana, en la que el sentimiento profundo y conmovedor sustituye al audaz vuelo poético.

La poesía de Aleixandre ha conservado, en líneas generales, su forma ondulante, de verso largo, un poco caprichosa, donde lo prosaico y las rupturas rítmicas se funden felizmente con lo melódico y rítmico. Entre expresiones ricamente cargadas que ascienden escalonadamente, descansa en ciertas palabras que señalan un tema o actúan simplemente como pausas sincopadas. Aleixandre ha ido elaborando en alto grado su propio lenguaje poético que funciona de una manera singular dentro de su universo poético, pero que puede parecer excesivo y grandilocuente fuera de su contexto.

Aleixandre es al mismo tiempo un poeta fuertemente sensual e intensamente intelectual. Constantemente intenta ir más allá de lo que permiten las palabras, por mucho que las estruje y manipule. Es como si detrás de cada uno de sus poemas hubiese otro, un poema intuido pero inasible. Palabras e imágenes se convierten finalmente en símbolos, signos que tienen que interpretarse, partituras para un tipo de música intelectual. Incluso en sus poemas aparentemente más simples se esconde siempre este misterioso paso fuera del motivo palpable o de la configuración directa.

Vicente Aleixandre exige nuestra atención no por ser un superviviente de una notable época poética española, sino sobre todo como un poeta por derecho propio, con un desarrollo fascinante y soberbios resultados.

PRÓLOGO A "PARADISETS SKUGGA" ANTOLOGÍA POÉTICA DE VICENTE ALEIXANDRE, DE PRÓXIMA PUBLICACIÓN POR LA EDITORIAL SUECA "BONNIERS", EN TRADUCCIÓN DE ARTUR LUNDKVIST Y JUSTO JORGE PADRÓN.